

nagloria, y á gritos dice esta monstruosidad; que el comercio es un robo, y nosotros unos ladrones que debemos desaparecer. Ha fundado la Crécherie para barrernos.

Dacheux, con la sangre subida al rostro, o a con ojos pasmados.

—Y entonces,  c mo vamos á hacer para comer, vestir, y lo demás?

—Diantre,  dice que el consumidor se dirigirá inmediatamente al productor!

— Y el dinero?—pregunt  el carnicero.

—El dinero,  pues lo suprime también; no habrá dinero! Eh  qu  tal?  Habr  necesidad?  C mo si se pudiese vivir sin dinero!

Dacheux se ahogaba de furor.

—No más comercio! no más dinero! todo lo destruye; y no hay una cárcel para un bandido semejante, que arruinará   Beauclair si no se le va á la mano.

Caffiaux movía gravemente la cabeza.

—Y ha dicho cosas peores... Primero, que todo el mundo debía trabajar; un verdadero presidio donde habrá guardias con palos para que cada cual cumpla con su deber. Dice que no deben existir ni ricos ni pobres; no se será más rico al nacer que al morir; se comer  lo que se gane, lo mismo que el vecino, por supuesto, sin que haya derecho de hacer economías.

—Bueno.  Y la herencia?—interrumpió de nuevo Dacheux.

—No habrá herencia.

— C mo!  Nada de herencia; no dejar    mi hija mi dinero?  Rayos y truenos! Eso es demasiado.

Y el carnicero hizo temblar la mesa de un violento puñetazo.

—Y dijo también—continuaba Caffiaux,—que no habrá autoridad de ninguna suerte, ni gobierno, ni gendarmes, ni jueces, ni cárceles. Cada cual vivir  como quiera, comer  y dormir    su gusto. Dice también que las máquinas acabarán por hacer todo el trabajo y que los obreros sólo tendrán el cuidado bien fácil de guiarlas. Será el paraíso porque no se luchar , no habrá ejércitos ni guerras... Y en fin, dice que los hombres y

las mujeres, cuando se quieran, se juntarán por el tiempo que les plazca, después se dejarán, quedando tan amigos, para juntarse, si quieren, con otros. Y si hay hijos, la comunidad los tomar    su cargo, los educar  en mont    la buena de Dios, sin que necesiten madre ni padre.

Muda hasta allí la señora Mataine, exclam :

— Oh! pobres criaturas... Cada madre tendrá el derecho, supongo, de criar   los suyos. Eso es bueno para los niños abandonados por algún mal corazón; esos, es claro, tienen que criarlos manos extrañas, mezclados, como en los asilos de huérfanos... Todo eso que usted me ha contado me parece   mí poco decente.

— Diga usted que es una pura porquería!—clam  Dacheux fuera de sí.—Eso es lo que sucede en medio del arroyo: se coge   una perdida y se toma y se deja cuando se quiere. Magnifico, su sociedad futura es una verdadera casa de mal vivir.

Y Laboque, que no perdía de vista sus intereses amenazados, concluyó:

—Est  loco, ese señor Lucas. No podemos dejarle arruinar y deshorrar así   Beauclair. Va   haber que entenderse para hacer algo.

Pero creció la cólera todavía, y se desencadenó por todas partes, cuando Beauclair supo que la infección de la Crécherie invadía la vecina aldea de Combettes. Estupor, reprobación. Ya se veía, el señor Lucas corrompía, envenenaba   los aldeanos. Lenfant, el alcalde de Combettes, ayudado por el «adjunto», Ivonnot, después de haber reunido y reconciliado   los cuatrocientos habitantes del concejo, acababa de decidirles   juntar sus tierras por un acto de asociación, copiado del que regía el capital, el talento y el trabajo en la fábrica nueva. Ya no habría más que un vasto dominio, que permitiría el uso de las máquinas, de los grandes abonos, de los cultivos intensivos, decuplicando las cosechas, dando la esperanza de un gran reparto de beneficios. Y ambas asociaciones iban á consolidarse asociándose; los aldeanos suministraban el pan   los obreros que les darían útiles, los objetos manufacturados necesarios para su existencia; de suerte que se acercarían así dos clases enemigas, fusión poco   poco íntima, embrión de un pueblo fraternal.

Se acababa el mundo antiguo si el socialismo conquistaba á los aldeanos, los innumerables trabajadores del campo, considerados hasta entonces como murallas de la propiedad egoísta, malándose con el ingrato sudor sobre sus terrones antes que enagenarlos. Fué un temblor, un escalofrío de todo Beauclair, y anunciaba la próxima catástrofe.

Y otra vez los Laboque se vieron perjudicados en primer lugar. Perdían la parroquia de Combettes; no vieron más ni á Lenfant ni á los demás venir á comprar azadones, carretas, útiles y utensilios. En la última visita que les hizo Lenfant regaleó, no compró nada, les declaró claramente que ganaría un treinta por ciento no volviendo por allí, ya que estaban obligados á sacar tanta ganancia en los objetos que ellos mismos se procuraban de las fábricas vecinas. En adelante todos los de Combettes se dirigirían sin mediación á la Crécherie, adhiriéndose á los almacenes cooperativos cuya importancia seguía creciendo. Y desde entonces fué aquello el terror para todos los comerciantes al por menor de Beauclair.

—Hay que hacer algo, hay que hacer algo—repetía Laboque con creciente vehemencia, cuando Dacheux y Caffiaux venían á verle.—Si esperamos á que ese loco envenene á todo el país con sus doctrinas monstruosas, llegaremos demasiado tarde.

—¿Qué hacer?—preguntaba prudentemente Caffiaux. Dacheux estaba por las francas matanzas.

—Se le podía esperar en una esquina una noche, y largarle uno de esos voleos que dan que pensar á un hombre.

Pero Laboque, pequeño y astuto, imaginaba medios más seguros para matar al tal sujeto.

—No, no; todo el pueblo se subleva contra él, y hay que aprovechar una ocasión en que tengamos á todos con nosotros.

Y la ocasión, en efecto, se presentó. El Beauclair viejo le atravesaba un arroyo infecto, una especie de cloaca descubierta que se llamaba el Clouque.

No se sabía siquiera de dónde venía, parecía salir de unos antiguos escombros de miserables viviendas, á la salida de las gargantas de Brias; y la idea gene-

ral era que se trataba de uno de esos torrentes de montaña cuyas fuentes permanecen ocultas. Los más ancianos se acordaban de haberle visto correr con grandes llenas en ciertas épocas. Pero hacía muchos años no llevaba más que agua escasa, cuya frescura corrompían las industrias cercanas. En las casas de la orilla, las mujeres habían llegado á convertirle en fregadero y en él arrojaban el agua sucia y toda inmundicia, de modo que arrastraba todos los detritos del barrio pobre y despedía por el verano un hedor espantoso. Hubo un momento, cuando se esparcieron serios temores de epidemia, en que el Ayuntamiento por iniciativa del Alcalde había discutido si convendría tapar el riachuelo haciéndole pasar bajo tierra. Pero el gasto pareció muy grande y no se habló más de ello; el Clouque continuó tranquilamente apestando y contaminando al vecindario. Y hé aquí que, de repente, el Clouque se agota por completo, se seca y ya no es más que un camino duro, peñascoso, sin una gota de agua. Beauclair, como por una vara mágica, quedaba libre de aquel foco infeccioso á que se atribuían todas las fiebres malignas del país; y sólo quedaba la curiosidad de saber por dónde había podido marchar la corriente.

Primero, sólo fué un vago rumor. Después los hechos se precisaron y se tuvo por cierto que era que el señor Lucas había empezado á desviar la corriente el día en que había recogido las fuentes en la falda de los Montes Bleuses para el servicio de la Crécherie; era toda aquella agua clara, corriente que le llevaba la salud, la prosperidad. Pero cuando había acabado por llevarse todo el caudal, había sido cuando se le había ocurrido dar lo que sobraba de sus depósitos á los aldeanos de Combettes, causando así su fortuna y determinando su feliz asociación, gracias al agua bienhechora que los había reunido corriendo para todos. Pronto abundaron las pruebas: el agua que había desaparecido del Clouque, corría por el Gran-Jean, decuplada, utilizada por la inteligencia, convertida en riqueza en lugar de ser suciedad y muerte. Volvió la ira, volvió la cólera, mayores cada vez contra aquel Lucas que con tal frescura disponía de lo que no era suyo. ¿Por qué había robado la corriente? ¿Por qué se la

guardaba para darla á sus hechuras? No se cogía así el agua de un pueblo, un arroyo que siempre había corrido por allí, que estaba uno acostumbrado á ver, y que al fin y al cabo prestaba grandes servicios. El sutil hilo de agua sucia que arrastraba detritos inmundos y apestaba el aire y mataba la gente se había olvidado. Ya no se hablaba de enterrarlo, cada cual decía el gran beneficio que sacaba de él para el riego, para lavar la ropa y para las necesidades diarias de la vida. Tamaño robo no se podía tolerar, era necesario que la Crécherie devolviese el Clouque, la infecta letrina que envenenaba el pueblo.

Laboque fué, naturalmente, quien gritó más fuerte. Hizo una visita oficial á Gourier, el alcalde, para saber qué resolución pensaba proponer al Ayuntamiento en circunstancias tan graves. El, Laboque, se consideraba particularmente perjudicado, porque el Clouque pasaba por detrás de su casa, por el extremo de su jardín, y afirmaba que sacaba de él gran provecho. Claro que si se hubiera puesto á recoger firmas protestando hubiera reunido las de todos los vecinos de su barrio. Pero su idea era que el pueblo debía de hacer suyo el asunto, intentar un pleito contra la Crécherie pidiendo la restitución del agua y los daños y perjuicios. Gourier escuchó y se contentó con aprobar moviendo la cabeza, á pesar del odio medroso que personalmente le inspiraba Lucas. Luego pidió algunos días para pensarlo, queriendo examinar el caso y consultar á los que le rodeaban. Comprendía que Laboque quería meter al pueblo en la danza para no dar la cara él. El Sub-Prefecto Chatelard, con el cual se encerró durante dos horas, le convenció aterrado siempre ante las complicaciones, de lo prudente que era en cualquier caso dejar á los demás meterse en pleitos. Gourier llamó al quincallero sólo para explicarle muy por largo que un litigio en que fuera el pueblo parte iría muy despacio, no llegaría á nada serio, mientras que si la cosa la intentaba un particular, las consecuencias serían mucho peores para la Crécherie, sobre todo si después de condenada ésta, otros particulares volvían á empezar, indefinidamente. Algunos días después, Laboque pedía judicialmente veinticinco mil francos de daños y perjuicios.

Y como si se tratara de una fiesta, hubo en su casa una reunión con el pretexto de una merienda ofrecida por su hija y su hijo, Eulalia y Augusto, á sus camaradas Honorina Caffiaux, Evaristo Mataine, y Juliana Dacheux. Toda esta gente menuda crecía, Augusto tenía diez y seis años, y Eulalia nueve; los catorce de Evaristo le habían dado seriedad, y los diez y nueve de Honorina, ya casadera, la hacían tratar maternalmente á Juliana, la más niña, de ocho años. Todos ellos se fueron al jardín, pequeño, y jugaron y rieron como locos, con la conciencia clara y alegre, ignorando los odios y la cólera de sus padres.

—Por fin está cogido—gritó Laboque.—El señor Gourier me ha dicho que si llegamos hasta el fin arruinaremos la fábrica. Supongamos que el tribunal no me concede más que diez mil francos; pero vosotros sois ciento, todos podéis hacer lo mismo que yo, y el tal Lucas tiene que aflojar el millonaje. Y no es eso todo. Tendrá que devolver el agua y destruir los trabajos hechos y esto le privará de toda esta frescura de que está tan ufano... El gran negocio, amigos míos.

Todos con voces de triunfo se excitaban ante la idea de arruinar á la fábrica, sobre todo de humillar á Lucas como el insensato que quería destruir el comercio, la herencia, el dinero, los fundamentos más venerables de las sociedades humanas. Sólo Caffiaux reflexionaba.

—Yo hubiera preferido—dijo al fin,—que el pueblo hiciera suyo el pleito. Cuando hay que batirse, estos burgueses siempre echan á los demás por delante. ¿Dónde están esos ciento que se atreven á demandar á la Crécherie?

Dacheux, furioso, gritó:

—¡Ah! ¡Yo me hubiera atrevido, yo, de buena gana, si mi casa no estuviera al otro lado de la calle. Y todavía hemos de vernos, porque el Clouque pasa por el extremo del patio de mi suegra. Quiero entrar en el ajo, ¡rayos y truenos!

—Pero—añadió Laboque,—por lo pronto tenemos á la señora Mataine que está en las mismas condiciones que yo y cuya casa sufre perjuicio como la mía desde

que se agotó el arroyo... ¿usted se quejará? no es así, señora Mataine?

La habían invitado á venir con la oculta intención de obligarla á comprometerse formalmente, pues sabían que ante todo deseaba la paz suya y la ajena como mujer excelente. Ella, comenzó por reírse.

—¡Bah! ¡El daño hecho á mi casa por la desaparición del Clouque! No, no, vecino; la verdad es que yo había dado orden de que nunca se empleara ni una gota de aquella agua corrompida, por temor de que enfermaran mis parroquianos... Era tan sucia y oía tan mal, que sería preciso, absolutamente, el día que nos devolviesen el arroyo, gastar el dinero necesario para librarnos de él, haciéndolo pasar bajo tierra como ya se pensó la otra vez.

Laboque fingió que no oía.

—Pero en fin, señora, usted está con nosotros, sus intereses son los nuestros y si yo gano mi pleito, usted seguirá á todos los propietarios y viviremos asegurados por la cosa juzgada.

—Veremos, veremos—respondió la hermosa panadera, ya seria.—Sí, quiero estar con la justicia, si es justo.

Laboque tuvo que contentarse con esta promesa condicional. La exaltación de la ira le sacaba de quicio; ya creía conseguida la victoria, aplastadas aquellas locuras socialistas, cuyo ensayo en cuatro años había hecho descender en una mitad el precio de su comercio. Dando puñetazos sobre la mesa con Dacheux, vengaba á toda la sociedad; en tanto que el prudente Caffiaux, de complicada diplomacia, esperaba el triunfo del Beauclair viejo ó de la Crécherie antes de comprometerse mucho. Y allá en su mesa en que se servían pasteles y almíbares, los niños, sin oír nada de la próxima batalla, fraternizaban como una alegre bandada de pájaros libres en el ancho cielo, en el libre porvenir.

Todo Beauclair se conmovió cuando se supo que Laboque había acudido á la justicia, reclamando veinticinco mil francos; lo cual era el ultimatum, la declaración de guerra. Ya había un banderín de enganche, las hostilidades esparcidas se reconcentraron, se agruparon en un ejército activo que se declaró ne-

tamente contra Lucas y su empresa, la fábrica diabólica en que se preparaba la ruina de la sociedad antigua y respetable. Eran la autoridad, la propiedad, la religión, la familia lo que se trataba de defender. Beauclair entero acababa por ser de la partida; los almaceneristas perjudicados sublevaban á sus parroquianos, seguíales la burguesía por el terror de las nuevas ideas. No había modesto hacendado que no se creyera amenazado de un cataclismo espantoso que destruiría su limitada existencia de egoísta. Las mujeres se indignaban, se sublevaban desde que el triunfo de la Crécherie se les presentaba como el de un inmenso lupanar donde todas ellas estarían á merced del primer transeunte que quisiera llevárselas. En tanto los obreros, los pobres hambrientos, se alarmaban y empezaban á maldecir al hombre cuyo anhelo ardiente era salvarlos. Le acusaban de agravar su miseria haciendo más inexorables á los patronos y á los ricos. Pero lo que sobre todo envenenaba y enloquecía á Beauclair, era la campaña violenta que el periódico local publicado por el impresor Lableu hacía contra Lucas. Con tal ocasión el periódico se había hecho bisemanal, y se sospechaba que el capitán Jollivet era el autor de los artículos cuya virulencia tanto impresionaba. El ataque, por lo demás, se reducía á un bombardeo de errores y mentiras, todo el lodo de necedad que se arroja al socialismo poniendo en caricatura sus intenciones y manchando sus ideas. Pero el buen éxito de semejante táctica sobre cerebros débiles é ignorantes era seguro, y fué maravilloso el ver cómo la exaltación fué ganando terreno en medio de intrigas complicadas, teniendo contra el perturbador público á todas las clases enemigas, furiosas al notar que se las molestaba en su cloaca secular, bajo el vano pretexto de conducirles reconciliados á la ciudad sana, á la ciudad justa y dichosa del porvenir.

Dos días antes de que se viera ante el tribunal civil de Beauclair el litigio promovido por Laboque contra Lucas, hubo en el Abismo, en casa de los Delaveau, un gran almuerzo cuyo objeto secreto era verse y entenderse antes de la batalla. Estaban invitados, naturalmente, los Boisgelin, Gourier, el alcalde, el Sub-Prefecto Chatelard, el juez Gaume, con su yerno el capitán

Jollivet, y en fin, Marle el cura. También estaban las señoras, para que la reunión conservara, en apariencia, aspecto de amable intimidad.

Chatelard, según costumbre, pasó por casa del alcalde á las once y media, para llevárselos á él y á su mujer, Leonor, siempre hermosa. Desde que la Crécherie iba bien, Gourier pasaba malos ratos de inquietud y de duda. Primero, había conocido entre los centenares de obreros que empleaba en su gran zapatería de la calle de Brías, una especie de vacilación, la nueva conmoción que pasaba, la amenaza de asociarse. Después se había dicho si no sería mejor ceder, ayudar él mismo á tal asociación que le arruinaría si no entraba en ella. Pero este era un combate interior que ocultaba, pues tenía una llaga viva, el rencor que le hacía enemigo personal de Lucas, desde que su hijo Abuiles, el buen mozo independiente, había roto con él para ocupar un empleo en la Crécherie, donde estaba más cerca de Azulina, su novia de las claras noches. Había prohibido el alcalde que se pronunciara en su presencia el nombre del ingrato, desertor de la burguesía unido al enemigo de toda seguridad social. Y sin querer confesarlo, la misma marcha de su hijo agravaba su incertidumbre con el sordo temor de verse acaso un día obligado á seguirle.

En cuanto vió entrar á Chatelard, le dijo:
—Pleito tenemos. Laboque ha vuelto por unos certificados. Su idea sigue siendo la de que todo el pueblo se mezcle en el asunto y hay que ayudarle, después de haberle empujado como hemos hecho.

El Sub-Prefecto no hizo más que sonreír.
—No, no, amigo mío, óigame usted, no comprometa al pueblo... Ha sido usted bastante sagaz para atender á mis razones, no mostrándose parte y dejando aventurarse á ese terrible Laboque, que tiene sed de venganza y de sangre. Se lo ruego, siga usted así, como simple espectador: siempre habrá tiempo para aprovecharse de su victoria, si vence... ¡ay, amigo mío, si supiera usted lo bueno que es siempre no mezclarse en nada!

Y con un ademán completó su pensamiento, dijo toda la paz que gozaba en su Sub-Prefectura desde

que se había hecho olvidar. Las cosas iban de mal en peor en París, la autoridad central se hundía un poco cada día, se acercaba el tiempo en que la sociedad burguesa tendría que hacerse polvo por sí misma ó dejarse llevar por una revolución; y él, como buen filósofo escéptico no pedía más que durar hasta entonces, feliz sencillamente, sin demasiados disgustos, en el tibio nido que se había escogido. Así toda su política no consistía más que en dejar correr los hechos ocupándose en ellos lo menos posible, convencido también de que el gobierno en medio de las dificultades en que agonizaba le agradecería infinito que abandonara la bestia á una dulce muerte sin zarandearla más. Era magnífico un Sub-Prefecto de quien no se oía hablar jamás, cuyo inteligente esfuerzo había suprimido en Beauclair toda preocupación gubernamental. Y había logrado su intento; nadie se acordaba de él más que para colmarle de elogios, mientras acababa apaciblemente de enterrar á la sociedad moribunda, viviendo él su último otoño en el regazo de Leonor hermosa.

—Ya lo sabe usted, amigo mío; no se comprometa usted, pues en un tiempo como el nuestro no se puede saber lo que sucederá mañana. Hay que esperar lo todo, y lo mejor es no hacerse incompatible con nada. Deje usted á los demás ir delante y correr el riesgo de romperse los huesos, y después ya verá lo que ha de hacer.

Pero entraba Leonor vestida de seda clara, como rejuvenecida después de haber pasado de los cuarenta, de una belleza rubia majestuosa, con ojos cándidos de devota en aquel hogar de tres aceptado por lo demás, por el pueblo entero. Chatelard le cogió la mano, la besó, galante como el primer día, instalado allí para acabar así la existencia, mientras el marido con aire de verse libre de deberes demasiado pesados, envolvía á los dos en una mirada afectuosa, como hombre que en otra parte tenía compensaciones y cuya dicha estaba ya para siempre bien ordenada.

—¿Ya estás lista? Entonces nos vamos, no es eso, Chatelard?... y no tenga usted miedo, soy prudente, no tengo ganas de meterme en algún lío que pudiera

Trabajo.—Tomo I.—16